

CELCIT. Dramática Latinoamericana 549

JUAN VAIROLETO

Juan Carlos Gené (Argentina)

PERSONAJES

CHIAPPA
COSCIA
LOS TESTIGOS
EL ÑATO GAZCÓN
EL FUNCIONARIO
EL POLACO
JUAN V.

CHIAPPA

Ustedes, los que habitan conmigo el país del silencio, es Juan Chiappa quien les habla: el que en vida fuera carpintero como Jesús de Nazareth y como su padre. Como en vida, habla en mí La Verdad Resplandeciente. Y los convoca. Manifiéstense. Tomen soplo del polvo de sus huesos y unan su voz a mi voz: los que cercaban al Cordero bajo la luz helada de las estrellas, como la araña teje su hilo de muerte sobre su presa, y los que querían conmigo romper la red asesina. Que todos digan ahora la verdad, para que la verdad resplandezca. Y no olviden que están ahora, porque yo los invoco, ante Aquel que todo lo ve, lo sabe y lo castiga, el Señor Jesucristo, Dios creador de la religión de la libertad.

COSCIA

Nos detuvimos y esperamos. Al amanecer y a los mendocinos. Apagamos los focos. No había luna. ¿Sería posible, por fin? Ese rancho que más que verse se adivinaba como mil metros hacia el lado del río, ¿era realmente el del tanito? El Ñato Gascón decía que allí había visto él a la mujer y hablado con ella. ¿Pero a quién le tenía más miedo el Ñato: a nosotros o a su antiguo socio a quien traicionaba en aquella madrugada del sábado 14 de septiembre de 1941? Si dijo la verdad, si de veras vio a la mujer en el rancho muy así, como dueña de casa, ¿no podría ser que también le hubiera advertido que aquí estábamos nosotros para buscarlo y encontrarlo?

Éramos tres en la cabina de la voiturette. El calor de nuestros cuerpos empapaba el parabrisas del lado de afuera. En cambio ahí atrás, en el transportín abierto, el Ñato se estaba recibiendo toda la helada. Parecía un muñeco asustado: más pálido que la escarcha, las orejas más pantalludas que nunca y esa nariz que casi no estaba en su cara, rebanada por un hachazo en pelea de boliche años atrás. Se estaba helando porque ya estaba muerto: si nos traicionaba a nosotros, lo matábamos; pero como iba a traicionar a su jefe y su jefe era el que buscábamos, alguien le iba cobrar la traición. De todos modos, yo estaba listo (Saca el revólver y revisa el cargador). Me iba a cobrar una deuda de veinte años.

EL ÑATO GAZCÓN

Un revólver. Le pedí un revólver. Le dije que estaba acorralado por la cana y que venía a pedirle a Juan que me prestara un arma. Ella me dijo que Juan no estaba y que me fuera, que no quería que los peones me vieran por ahí. Y yo me fui, porque “si Juan ahora no estaba” era cierto entonces que vivía allí. Me fui, pero la rabia me ahogaba. Resultaba que ahora hasta tenía peones; ahora era “don Juan”, y con esa Telma yéndola de señora como si yo no supiera quien era ni supiera quien era su Juan, y no hubiera sido él mi socio en las mil y una que hicimos juntos hasta que él me echó.

Yo le había visto a ella la desconfianza. Debía ser porque en los ojos se me veía el perjurio: que yo quería saber si Juan vivía ahí para pasarles el dato a los canas de La Pampa: Bustriazzo, Paeta y Coscia que esperaban noticias en San Rafael. Ya sé que era como el beso de Judas, pero ¿qué iba a hacer? Me pescaron en Caleufú y me apretaron fuerte: además de las palizas del caso que esta vez me dejaron rengo y medio sordo, me dijeron que si yo les decía dónde estaba Juan, me arreglaban ésta del robo de los corderos en el campo El Ñandú y todos los de más atrás. Sólo con los de más atrás tenía ya años de cana para siempre. Entonces, ¿qué iba a hacer, no?

Y allí estaba, con toda la helada del alba cayendo sobre mí como la maldición de mi vida.

Un revólver! Tener ahora un revólver! Les estaba viendo las nuca a los de la cabina de adelante. Un agujero en cada nuca y correr a decirle a Juan: “yo te los maté; sos libre; los traicioné a ellos, pero no a vos.”

¿Pero cómo iban a dejarme un arma esa noche? Las armas ahora eran de ellos. Sólo de ellos.

COSCIA

Primero los oímos. Después los focos, alumbrándonos a nosotros y al tierrero que ellos mismos levantaban, nos los mostraron. Eran los mendocinos: dos coches con mucha gente armada. Bustriazzo y Paeta se bajaron y un par de los del otro lado se acercaron a ellos. Los alientos helados eran como nubes de plata en el resplandor de los faroles, entre aquellas sombras negras de sombreros, de abrigos y de armas. El que parecía el jefe de los mendocinos me señaló de lejos. “Quién es el chofer?” “El principal Coscia”, le contestaron. “El chófer”, así me llamó. No es por chófer que me habían traído. Fue porque yo había pedido estar ahí para cerrar de una vez este asunto. Porque si aquella vez yo hubiera disparado les habría ahorrado a todos este quemarse bajo la escarcha y estos veinte años en que el tanito nos tomó el pelo como quiso. Lo tenía ahí, bien clarito en mi mira: yo le apuntaba y él me apuntaba

con su winchester. Uno en la mira del otro y ninguno disparaba. Yo arriba, en la terraza, protegido por la balastrada, él abajo, en la calle, detrás del árbol que buscó cuando se tiró del caballo al oír silbar el disparo que yo le hice. Había llegado al galope y se había detenido para disparar contra el frente de la casa. Un encargo que le hicieron, como si a mi viejo lo hubieran ido a asustar con salvas. Pero qué se iba a imaginar el matoncito que el menor de los Coscia, el pibe, el loco lindo, lo iba a estar esperando. El matón, el raterito, el mismo que ahora va a ser rodeado y acribillado por dieciséis hombres, estaba en mi mira y yo en la de su winchester. Entonces él bajó el arma y me miró y yo bajé el arma y nos miramos. Y fue como un pacto, como una cita para este amanecer helado en Villa Alvear, veinte años después. El subió tranquilo a su caballo y se fue al paso, como seguro de que yo no iba a tirar. Y era cierto: yo acababa de saber que mi vida iba a ser buscarlo y acabarlo. Y aquí estoy. Esta vez voy a disparar. Me lo he jurado. (Apunta con cuidado)

JUAN V. (tiene el revólver en la mano)

Yo me había jurado no disparar más. Pero ellos iban a venir. Un reloj de pared detenido en la una y media de la tarde del 4 de noviembre de 1919 y con la esfera destrozada por el balazo (pero ahora tenía a la Telma y a mis hijitas), y el turco Farache tirado en la calle con un balazo que le entró en el cuello justo a la una y media de la tarde de hace veintidós años (y tenía una tierrita arrendada y un rancho de adobe hecho con mis manos) y yo al galope saltando alambrados y ellos persiguiéndome y yo haciéndomeles perdiz (y tenía un árbol que nos daba sombra y un gallinero) y yo había disparado dos veces: el primero le dio al reloj del boliche (y había tomates y frutales y sandías) y el segundo le abrió el pescuezo al turco de uniforme (y yo ahora tenía un hogar y ya no era un bandido); y ¿por qué ese Farache me quiso sacar a la Dora y hasta se metió en la pista del quilombo cuando yo bailaba con ella y me tiró unos talerazos y me juró que me iba a matar si yo volvía a tocarla (y ahora yo no iba a dejar mi casa y a mi familia para escapar de nuevo) y ese otro día entra en el almacén y me quiere llevar preso por robo, me dice, y yo le digo que se deje de fregar y él me empuja para afuera y cuando yo quiero montar el me da el talero en la cabeza y desde el suelo (yo no puedo dejar que a mi familia le pase nada), saco el arma y le disparo esos tiros que destrozaron el reloj de pared del almacén y el cogote del agente Farache de la policía del Territorio Nacional de La Pampa y yo corro y galopo y salto alambrados y me escapo y los enfrento y me desaparezco y los asalto y así por más de veinte años. Y por todos esos años sabía yo que ellos iban a venir. Por eso esa noche no podía dormir y tanteaba el arma bajo la almohada yo que no quería disparar nunca más.

EL ÑATO GAZCÓN

Aquello era un ejército. Y como de fantasmas. Porque no había uniformes: chaquetas y abrigos y carabinas y bufandas y gorras y sombreros. y fusiles y pistolas. Y los focos de los autos y el frío que me atravesaba y el miedo y el ver que nada podía ser de otra manera que como era y ese venirse hacia mí ese mendocino enorme con breeches y botas y lentes y un sacón grueso como de cazador. Me puso la linterna en la cara y me preguntó: “Dicen que vos decís que el pampeano vive en aquel rancho. Vos sabés lo que te puede pasar

si esto resulta ser un cuento o una trampa?” Yo trataba de decirle que no, que no era cuento, pero se me atragantaban las palabras. Y entonces él se me acercó más y yo ví que con esas luces y los lentes tan gruesos, sus ojos era como de un animal muy grande. “Sabés quién soy yo? Soy José María Vallée, Director de Investigaciones de la Policía de Mendoza. Así que quiero oírte decir ahora que no nos mentiste y que allá está el que buscamos. Me entendiste?” “Sí, señor, logré decirle, y no mentí.” Entonces apuntó la linterna hacia Bustriazzo y Paeta y le oí como recitar:

COSCIA

“Queda claro que el procedimiento es de la Policía de Mendoza en territorio de la Provincia de Mendoza. Si el señor Gobernador de la Provincia permite la presencia (¿está claro?: sólo la presencia) de una comisión de la Policía del Territorio de La Pampa es porque los oficiales afirman que el reclamado les mató gente de la repartición.” La taba le había salido culera al tanito. Ya no tallaban ni el radicalismo ni el lencinismo en la provincia. Ahora había consonancia entre la provincia y el gobierno nacional. Por eso operaba directamente el Director de Investigaciones: porque se decía que la policía de Villa Alvear lo protegía al pampeano. Y en cuanto a nosotros, allí estábamos, ayudando a un gobierno conserva a deshacerse de un matón radical. Pero eso sí: para nosotros minga de exclusividad mendocina; si estábamos ahí y armados no íbamos a mirar el partido sino a jugarlo. Los policías de La Pampa veníamos por lo nuestro.

CHIAPPA

Juan! Juan de los pobres! ¿Matón radical? Estás oyendo qué dicen que eras? 814 de la calle San Antonio. Tus alpargatas no sacan ruido de las veredas de ladrillo; pero los tacos de Peralta lavantan ecos en las calles de Barracas. El viene del norte y vos del sur y caminan ahora para encontrarse allí en la Capital Federal en esa orilla donde huele a corrupción el Riachuelo. Despertá, Juan y recordá el 814 de la calle San Antonio.

JUAN V.

¿Qué albañiles le hicieron esos adornos tan raros a la casa? El compás y una escuadra en el frente, y una espada (y yo no entiendo la política, Chiappa) y un águila, llevando al mundo en sus garras (ni entiendo lo que ustedes dicen) y un triángulo con un ojo radiante (¿qué es eso de un país sin gobierno y sin curas ni vigilantes?) y unas cabezas extrañas que custodian el nombre de la casa: “Hijos del Trabajo” (¿y sin maridos ni esposas, porque el amor debe ser libre?). Pero veo el hambre y las huelgas y los palazos y los tiros y la sangre (¿y sin dinero ni propiedad?) Veo injusticia y prepotencia y entonces voy a aquella casa en Buenos Aires a encontrarme con Peralta, porque el carpintero Chiappa dice que él y yo podemos liberar al mundo y nos damos la mano y yo le veo la cicatriz que el pelo apenas le oculta que le cruza la cabeza y le entra por la frente y sé que por esa herida cosida lo llaman como lo llaman. Pero aunque sos un buen hombre, Chiappa, no entiendo que me hagas repartir panfletos por La Pampa llamando a la revolución si esa pobre gente casi nunca sabe leer ni entiendo tu “anarco-cristiano-espiritismo”, eso que llamás La Verdad Resplandeciente. Pero yo reparto los panfletos y voy a la logia “Hijos del Trabajo”, porque hay mucha injusticia.

CHIAPPA

Y allí estaban Juan Bautista y David, el pampeano de alpargatas y el de la cicatriz, trajeado de oscuro y con alfiler en la corbata. Y el maestro, de capa negra y con capucha los recibió con los rituales más solemnes de la logia y les anunció que juntando sus fuerzas y talentos podían caer como una lluvia benéfica sobre el mundo. Y que había que expropiar a los poderosos y repartir el producto de sus robos entre los pobres. Juan Bautista Vairoletto y David Peralta, llamado Mate Cosido partieron hacia el norte a atacar a los poderosos de La Forestal.

COSCIA

Ahora resulta que también anarquista... Mate Cosido y Vairoleto. Quieren mi opinión? Sólo un ladrón de boliches y un asesino, un matón de comité, una alimaña de monte que había que eliminar. Pero, además, la sociedad duró poco; los dos grandes no se entendieron. Y La Forestal, por poco ni se enteró.

CHIAPPA

Que alcen su voz los testigos del inocente acusado de ladrón y de asesino, que den su opinión ante el Cristo Dios que todo lo juzga, lo premia y lo castiga. Que el coro de los redimidos tape el clamor de los malvados.

COSCIA

Monturas y camisetas, estribos, pañuelos, docenas y docenas de latas de duraznos en almíbar, alpargatas, juguetes, galletitas, riendas y lazos, vestidos de mujer, sombreros y gorras, ropa de bebés, camisetas y pantalones de fútbol, botas y matras, un acordeón a piano, jabones y ponchos y caramelos... Y sigue y sigue el cambalache de las cosas robadas por él. Una montaña de basura, de miserias tomadas a precio de sangre y vendidas por monedas a los mercachifles.

EL FUNCIONARIO

“Informo a VS. que la persecución del acusado por el asesinato y robo referidos en las presentes actuaciones, se inició auspiciosamente pues el infrascripto y sus agentes pudieron seguir el rastro del individuo con facilidad, dado que en nuestra persecución íbamos encontrando una a una las prendas robadas repartidas en todos los ranchos de la zona hasta mucho más allá de los límites de la provincia. Pero lamento tener que informar también a VS. que, pese a ello finalmente la comisión bajo mi mando perdió el rastro del prófugo haciéndose de toda evidencia que los pobladores lo protegen y lo ocultan, le facilitan caballos frescos y nos dan información falsa. Asimismo dificultan las operaciones, como ocurre en el caso presente, en que nos vemos ahora con nueve familias detenidas por encubrimiento a las que es imprescindible ubicar en los escasos retenes policiales de la zona y que han sido beneficiadas con el regalo del producto de los delitos de autos...”

COSCIA

Un reguero de sangre que seguimos por seis provincias del país. Un rastro de cadáveres, de baratijas y de dinero.

JUAN V.

Cuatro. Sólo cuatro. Como los cuatro tajos en cruz que yo abría en las latas con el cuchillo. Era tan dulce! También a mi mamá le gustaban. Si cada vez que yo iba a visitar su tumba en Italó, me volvían el olor y el gusto y esa espesura blanda de la fruta. Abierta la lata, era mi mamá misma la que se me ofrecía en el almíbar.

EL FUNCIONARIO

“Informo a VS. que esta comisión pudo seguir el rastro del prófugo dada la cantidad de latas vacías de duraznos en almíbar marca “El Alba”, que el dueño del negocio asaltado denunciara entre los productos robados, que nosotros íbamos encontrando a intervalos sorprendentemente cortos en la huella que seguíamos. También debo informar a VS que al llegar a la tranquera oeste de La Blanqueada el rastro desapareció y con él la posibilidad de alcanzar al acusado...”

JUAN V.

Vienen por mí. Yo lo sé. Oigo el pisar de sus suelas sobre la escarcha mientras van tejiendo la red a mi alrededor. Los oigo en mi cabeza, porque todavía no puedo oírlos en la realidad pero los oigo más precisamente que la respiración de mi Telma y de mis hijas que duermen en la cama, al otro lado de esta pieza. Y es por ellas que no escapé, y duermo en este catre, con el winche apoyado en la pared y el revólver bajo la almohada; porque no puedo abandonarlas ni dejar que les pase nada. Pero no son docenas. Son sólo cuatro. Me acuso de sólo cuatro muertos. Yo los maté. Porque no tuve otra salida, como aquel agente Farache de mi primera desgracia. No podía abandonarlas, y tampoco podía dejar que me agarraran vivo otra vez. Y son sólo cuatro! Aunque vuelvan como aquella vez a montarme y destrozarme los costados con espuelas, no me van a sacar sino esos solos cuatro. Aunque vuelvan a molerme a palos hasta casi matarme, fueron, son y serán sólo cuatro. Y yo ya no soy un bandido; soy don Francisco Bravo, un chacarero de Villa Alvear, provincia de Mendoza. y hasta tengo un árbol que da sombra a mi rancho.

EL ÑATO GAZCÓN

Me hicieron bajar. Y sin hablar, con empujones y a punta de pistola me obligaron a caminar con Coscia, Con Paeta y con Bustriazzo. Me estaban obligando a marchar al frente, poniéndole la cara a mi traición. “!Dénme un arma, por lo menos! Es a Juan Bautista Vairoleto a quien voy a entregar. El que escribía sus iniciales a balazos en las colas de los molinos; el que disparaba al techo y después pasaba todo el cargador por el mismo agujero.” Lo pensé y lo grité, pero sólo para adentro: las armas hoy eran de ellos. “La noche está helada, pero serena, pensé; puedo gritar muy fuerte *Juan Bautista, cuidado! Viene a tu rancho el batallón de la venganza!” Y él me escucharía y aunque sean quince y con dos armas cada uno, él sabría escapar una vez más. Lo pensé pero ni para adentro lo grité. Porque las treinta armas me apuntarían a mí y aquí mismo terminaría todo. Pero por qué me obligan a marchar con ellos? Tengo que ver cómo las balas lo destrozan? Tengo que ver las consecuencias de mi traición? Y por qué no iba yo a traicionarlo? El me echó de su lado y se quedó con la Telma, que yo la quería para mí. Dijo que

yo era un bruto y un sanguinario; pero la verdad es que él se quería quedar con la Telma. Pero para qué me llevan con ellos? Un arma, por lo menos! Un arma para defenderme. Pero sólo me empujan y me clavan un arma en los riñones. Y avanzamos, haciendo un gran cerco alrededor del rancho. ¿Yo sanguinario? ¿No ven que no quiero estar ahí cuando lo maten?

COSCIA

Sanguinario, agresivo, bruto, inescrupuloso, atrevido. vago y por vago ladrón y por ladrón, asesino. Así es el que llaman “El Padre de los Pobres”.

EL FUNCIONARIO

“Habiendo el prófugo tomado distancia de nosotros, volvía grupas de vez en cuando y disparaba, momentos en que a dos de nuestros hombres le fueron cortadas las riendas con tales disparos; mientras a un tercero le fue abatido el caballo que montaba, circunstancia que debemos agradecer a la casualidad (pues no hubo bajas en nuestra tropa), y no, como se ha dicho, a expresa intención del delincuente de evitar malherirnos.”

COSCIA

Elías Farache, asesinado a sangre fría en Castex, Bernabé Hornes, español, asaltado y asesinado, en su estancia La Criolla, de Lobocó a quien se le roban diez mil pesos; José Peidón. sirio, asesinado en su almacén “El Destino” en Winifreda, para robarle cien pesos, dos fonógrafos, una docena de sombreros Orión, una docena de bombachas de casimir, fajas de lana para hombres, frazadas, una fusta, un reloj de oro, una pistola máuser, un revólver y un winchester, así como un edicto policial con una foto de Juan Bautista Vairoleto pidiendo su captura; Pablo Carvallo, siriolibanés mercachifle, asaltado y asesinado en Jagüel de los Milicos, Río Negro, robándole dinero y mercadería que llevaba en su carro; Ramón Molina, asesinado en el paraje La Cautiva para robarle quinientos pesos y mercaderías del negocio; José Alemandi, asesinado en Caleufú para robarle un caballo, mercadería y dinero.

EL FUNCIONARIO

“El deponente, Simón Alí, conocido en la zona como “el turco Alí” afirma que en el día de la fecha, habiendo iniciado en compañía de su hijo, la recorrida de las chacras del lote para cobrar pagarés vencidos, fue de pronto enlazado, al parecer desde un árbol, siendo arrancado del asiento del Ford descapotado de su propiedad, tras lo cual se abalanzó sobre él el bandido Juan Vairoleto, de su conocimiento por haber sido asaltado otras veces por el nombrado, quien le descargó unos cuantos talerazos diciendo que eran “para que se acordara de él” y procediendo inmediatamente a apoderarse de la cartera con los pagarés que probaban los préstamos en efectivo que el exponente había hecho a agricultores de la zona, para desaparecer velozmente en compañía de otros dos jinetes huyendo por terrenos no accesibles al automóvil, lo que hizo imposible la persecución.

EL POLACO

Yo qué hizo? No hizo nada! Yo quemé! Ese hombre trajo papel y dijo “Papel suyo: firma aquí suya, no es cierto don Vasla?” (él llama a mí don Vasla: yo

llamo Waslav Prioscka) “Quémelo ya”, dice. Y yo que no podía pagar porque sequía y langosta arruinaron cosecha, quemé papel. Ese turco Alí, usurero, intereses casi ochenta por ciento. Y todos chacareros quemaron papel con firma. Y jodimos turco. Pero no hicimos nada: sólo quemamos.

COSCIA

Vallée no se despegaba de nosotros, como recordándonos que ahora que estábamos ya pisando la tierra del tanito no se nos fuera a ocurrir intervenir a los pampeanos. Ya se veía una línea de luz en el horizonte y la escarcha crujía bajo nuestros pies y era un sonido que en el silencio de aquel amanecer se nos aparecía como disparos de armas. El rancho estaba ahí, a cien metros, puro blanco de escarcha su techo. Y éramos un círculo de hierro a su alrededor, del que nadie, ni siquiera el “padrecito de los pobres”, podía escapar.

EL FUNCIONARIO

“A unos trescientos metros de distancia ordené a la partida desplegarse en abanico, ocupando el exponente la posición central del arco de hombres que avanzaba disparando masivamente sobre el prófugo que se encontraba solo y de a pie. Fue en ese momento cuando un proyectil disparado por el delincuente dio en el freno de mi caballo, que me despidió con violencia continuando su carrera desesperada en dirección al perseguido, a quien vimos recibir al animal y montar en él a la carrera para desaparecer de nuestra vista en muy poco tiempo.”

EL ÑATO GAZCÓN

¿Por qué no ladran los perros? Ya estamos muy cerca. Por lo menos que pueda defenderse. No pueden matar a Juan Vairoleto durmiendo en su cama! Y qué va a pasar con la Telma y con las nenas que duermen ahí en el mismo cuarto? Cuando treinta armas empiecen a disparar, ¿quién va a mirar quién le tira a quién? ¡Y qué me importa a mí de la Telma! Ella me despreció y se quedó con él. Le va a pasar lo que le pase a él. Y es justo. ¿Pero por qué no ladran los perros?

JUAN V.

Los canas de La Pampa no me quieren vivo: me cobran veinte años de bailarlos y los dos policías muertos. Pero siento el sueño tranquilo de la Telma y de las purretas y yo no puedo dejarlas y escapar. Y estoy tan cansado! Vendrán? Vendrán de una vez? Juan Chiappa, carpintero anarco cristiano, loco amigo, que anunciabas el fin del mundo para 1935, espiritista revolucionario. ¿Te acordás de Pedrito Moroni? Decía que los espíritus le apartaban las balas. Pero se cansó. Y cuando lo cercó la policía (se apoya el arma en la cabeza).

CHIAPPA

Mirá los diarios de Buenos Aires, Juan. Mirá esa Liga Patriótica de señoritos de derecha. Aquí lo dice: “Juan Vairoleto, bandolero anarquista que aterroriza a los hacendados de La Pampa, Neuquén, Río Negro y Mendoza, merece la suerte ya sufrida por los delincuentes ácratas Di Giovanni y Scarfó, que el gobierno del general Uriburu acaba con justicia de hacer fusilar en la Penitenciaría Nacional.” No te canses, Juan. Ni te acuerdes de Pedrito.”

JUAN V.

¿Qué decís Chiappa? ¿Anarquista yo? Si yo no sé qué es eso. Dicen también que radical, que personalista, que lencinista. Yo no soy nada, Juan Chiappa! O soy sí, una sola cosa: yo mismo, el que ha vivido a salto de mata por no hocicar, el que sabe que nunca lo van a agarrar otra vez vivo.

EL FUNCIONARIO

“El infrascripto se ha permitido hacer el cálculo, consultando los sumarios respectivos y ha llegado a la conclusión, que se permite poner en conocimiento de VS., de que el prontuario Juan Bautista Vairoleto no pudo cometer con diferencia de menos de tres horas los asaltos que en este caso se le atribuyen, en tres provincias distintas y a cientos de kilómetros como separan cada lugar de los delitos de los restantes, sin que por eso pueda descartarse que el prontuario haya sí cometido alguno de esos ilícitos.- Asimismo se permite recordar a VS que fue el suscripto quien en oportunidad de las cartas extorsivas a los hacendados de la zona, que aparecían firmadas por el tal Vairoleto, pudo individualizar a través de una prolija investigación, a Francisco Linera y sus cómplices como autores de la extorsión. El prontuario de los verdaderos crímenes de Vairoleto es ya suficientemente grueso para acrecentarlo con hechos falsos.

JUAN V.

Estoy cansado, Juan Chiappa. Sólo quiero descansar. Mirá, de pronto me veo así, boca arriba en el catre, los ojos cerrados y siento que soy Vittorio Vairulat en persona. Yo mismo, soy mi viejo, el que vino al país con ese nombre y se lo cambiaron en Migraciones. Soy él en el cajón, con las cuatro velas y el crucifijo. Él muerto y velado y yo lejos porque la policía ronda esperándome. “Murió su padre. Seguro que viene.” Y ahí rondan los chacales, disfrazados de paisanos (como si fuéramos tantos para no conocernos...), las armas escondidas y esperando. Pero pasan las horas y el hijo del medio, Juan Bautista Vairoleto, uno de los siete hijos de Vittorio Vairulat, el piamontés inmigrante, no aparece. Pero yo pasé por entre medio mismo de ellos. Eran las tres y media de la mañana y me acerqué al cajón, me persigné y guié la manita del chico que me habían prestado. Me quedé el tiempo en que se pueden rezar un padrenuestro y un diostesalve, que calculado lo tengo aunque no los sepa rezar y me fuí despacito en el sulky que también me habían prestado. Nunca supieron los canas que aquella matrona de pecho enorme y llena de rebozos que cargaba un chiquito medio dormido, era ese Temible Juan Vairoleto que había venido, disfrazado de vecina, a cumplir con su padre, el piamontés Vittorio Vairulat.

COSCIA

También vas a pagar por esa broma, tanito. Te sentís ahora en ese catre, como tu mismo viejo en el ataúd, porque ya estás muerto. Igual que el ñato Gazcón. Nos tomabas el pelo! Como cuando escapaste con las alpargatas puestas al revés para que nos engañara el rastro.

(De pronto, ladran los perros)

CHIAPPA

Han ladrado los perros. Y el cerco se ha cerrado sobre la víctima. Los vengadores van a cobrarse su humillación descargando el golpe sangriento. Llamo una vez más a los testigos del justo para que se pronuncien ante la justicia de los hombres. Porque el tiempo se termina.

COSCIA

Y yo convoco a las víctimas, los asesinados, los robados, los burlados. Ellos sostienen mi mano para que mi disparo sea certero.

LOS TESTIGOS

Salieron, de pronto, de entre los caldenes, dos hombres con las caras ennegrecidas con leña quemada. Uno disparó el winche y el caballo delantero del carro cayó. Mi cuñado José Alemandi saltó manoteando su revólver pero el mismo del winche lo secó allí mismo con dos tiros en la frente y el otro me hirió a mí en el brazo. Yo grité: “No tiren! Estoy desarmado!” Me hicieron bajar y alejarme, mientras le arrebataban al muerto sus armas y la billetera y tomaban cerveza de dos botellas que sacaron del carro junto con mercadería que metieron en una bolsa: tabaco, salamines, relojes, ropa; y cuando uno preguntó si me mataba, el otro decidió atarme a la rueda del carro. No pude distinguir quién era el que decía cada cosa, pero que uno era él, puedo jurarlo: esos ojos azules no tienen igual

Yo iba solo en mi caballo, llevando una maleta con la plata para pagarles a los hacheros en mi obraje y me agarró la noche en el monte. De pronto me deslumbra una linterna en la cara y alcanzo a distinguir una colt larga que me apunta deteniéndome con un grito. Yo también grité, asustado y oigo una voz familiar que dice: “No se asuste, don Yuanín. Soy yo” “¡Juancito!, grité yo al reconocerlo. Cómo no iba a reconocer a Juancito Vairoleto, de mi pueblo, Castex, como todos sus hermanos. Me dijo que era peligroso andar por el monte solo a esas horas y que me iba a acompañar porque había mucho malandra que me podía asaltar. Y que no sólo me embromaban a mí, sino también a la pobre gente que esperaba cobrar su trabajo. Así dijo: “la pobre gente”.

Me pusieron la pistola en la frente y me obligaron a golpearle la puerta a mi patrón. Eran como las doce de la noche y lo llamé, diciéndole que había gente que lo buscaba. El abrió y no le dieron tiempo ni de preguntar nada.

Imagínese, medio dormido todavía porque se levantó cuando yo lo llamé. No sé cuántos tiros le metieron pero cayó en cuclillas como un muñeco, en el marco de la puerta. Entonces entraron a desvalijar todo y Vairoleto disparaba al suelo para asustar a Anacleto y mientras los otros amontonaban todo lo que encontraban él desarmó los barrotes de la cama y de allí cayeron muchas monedas.

No tenía ni para comprar semilla para la siembra y un día me levanto y veo una bolsa de semilla en la puerta de mi rancho y al día siguiente otra y otras más los siguientes días. “Este tiene que ser el amigo” le dije a mi mujer. Y él vino un día de visita y cuando le conté se hizo el asombrado y no quiso decir que había sido él. Y ese día además, me curó dos caballos agusanados. ¿Que cómo los curó? Hablándoles, nomás, en las orejas. Parece que les rezaba. El amigo tenía poderes”

Mi hermano cayó de bruces, porque lo balearon por la espalda cuando mercadeaba con su carro por el Jagüel. No, señor, no somos turcos! Somos siriolibaneses. Pero los criollos nos odian tanto que nos dicen “turcos”. Y a mi hermano lo mató Vairoleto, junto con sus secuaces, la familia Molina. Lo mataron por turco. Pero entiendan que no somos turcos!

Llevé a la partida hasta una casa en la costa del río junto a un pequeño embarcadero y allí ordené acampar a los diez hombres que me acompañaban. Con lo que nos ofrecieron los de la casa, cocinamos al aire libre una gran olla de puchero y, después de comer dispusimos los turnos de guardia y nos recogimos a descansar. Pero antes del amanecer el imaginaria vino a avisarme que faltaban dos armas largas, un bote que a la noche había estado en el embarcadero y la olla con el resto del puchero que destinábamos a desayuno; y escritas en la tierra se veían muy claras las iniciales ya muy conocidas como firma de las más diversas fechorías: “J.V.”

El patrón sacó el arma y saltó a un costado disparando enseguida por la rendija de la puerta pero de afuera dispararon gritando que nos entregáramos. “Dejá el arma, Ramón, que te van a matar”, le gritó la Angela. Pero don Ramón corrió al negocio, queriendo atacar a los asaltantes por la espalda, cuando dos tiros atravesaron la chapa del pasillo y le dieron en el pecho. Cuando aparecieron y entre dos levantaron al patrón que sangraba y se quejaba, don Ramón dijo cuando lo reconoció: “Si hubiera sabido que era vos...” Y pidió que le sacaran las botas. Cuando lo estaban haciendo, el patrón se murió. Entonces agarraron todo lo que pudieron y se marcharon. Estábamos en lo mejor del baile dentro del galpón que se usa para las esquilas. Mi hija bailaba con su flamante marido vestida de novia y todos los aplaudíamos. Y en eso entran sin desmontar tres jinetes que avanzan hacia los novios sin decir palabra. mientras gente, guitarreros y acordeones se callan. Entonces él (claro que era él, todos lo conocíamos), se inclina y toma a mi hija y la sienta delante de él sobre la cruz de su caballo, Y sin más sale al paso y apenas transpone la puerta se aleja al galope, mientras los otros dos se detuvieron un rato apuntándonos, para dar tiempo a que se alejaran. Después se fueron. Nosotros organizamos partidas para perseguirlos y avisamos a la policía, pero no hubo caso. Pero a la mañana, mi hija se aparece, siempre con su vestido de la ceremonia, y dice que el hombre la respetó montándole guardia mientras ella intentaba dormir y la mandó de vuelta con un mensaje: “Esto es para que su novio aprenda a no hablar mal de Juan Vairoleto”. Y era cierto que mi yerno estaba enojado porque el hombre le había asaltado a un par de amigos.y fanfarroneaba que cuando lo tuviera cerca lo iba a matar. Ahora, claro: yo conocía a mi hija y sabía que lo que contaba era verdad. ¿Pero acaso podía creerle su marido?

Yo salté por la ventana y corrí a avisar. Mi patrón Hornes había salido a orinar mientras la patrona hacía dormir a los mellizos y cuando escuché los disparos me asomé y vi a mi patrón malherido en el suelo y a cuatro hombres con las caras tapadas y uno de ellos sacó a la patrona al patio y todos le apuntaban exigiéndole que dijera dónde guardaban la plata mientras los mellizos lloraban y yo pude correr sin que me vieran.

Los policías volvieron a mi rancho, acusándome de haberles dado un rastro falso. Claro que era cierto, pero yo no les iba a entregar al amigo, que estaba más cerca de lo que ellos podían pensar. Cuando vieron en mi corral el bayo del amigo, me apretaron para hacerme decir que yo lo tenía escondido, pero

como revisaron (dése cuenta que dar vuelta todo el rancho patas arriba no era demasiado), decidieron quedarse en la noche, porque estaban seguros de que él amigo iba a venir a buscar el bayo. Como a las dos de la mañana escuché un silbido y enseguida, el galope del bayo. Ellos salieron disparando para cualquier lado, pero ya estaba claro que Juan ya montaba otra vez su parejero preferido. ¡Lo iban a parar! ¿Cómo? Si ese animal saltaba metro y medio de alambrado como si nada...

El vino a mi casa y me pidió afeitarse y lavarse un poco. Yo le conté que no podía pagar el arriendo de mi campito y me estaban desalojando. Entonces él fue a ver al administrador del campo y le pidió “prestados” los mil quinientos pesos que yo precisaba. Como el otro sabía quién se los estaba pidiendo, se los dió, claro, mientras el amigo prometió devolución en veinticuatro horas. “Dale, sí, como quieras”, dijo el administrador, seguro de que bolaceaba. Fue, pagó al arrendatario para que le pagara al juez de paz pidiendo recibo. Pero cuando el juez de paz volvía, fue asaltado por Juan Vairoleto que, después, fue derecho a pagarle al administrador. Y sé que algo parecido hizo otra veces.

CHIAPPA

Pero ladraron los perros y Juan Bautrista Vairoleto ha saltado de su catre cuando su peoncito Marcos Vera gritó “¡Viene gente!”. Un culatazo en la cabeza sacó al muchacho del medio. Pero Juan ya estaba afuera, en la mano la pistola que guardaba bajo la almohada. ¡No salgas, Juan! Hay dieciséis tiradores parados sobre la escarcha.

JUAN V.

¡Tengo que salir, Juan Chiappa! Las balas son para mí y si me quedo en el rancho, serán también para Telma y las purretas. Yo no escapé para protegerlas. ¿Cómo voy ahora a dejar que los treinta caños hirvientes las cubran de espanto en su propia cama?

CHIAPPA

Sobre la cinta roja del amanecer, los rojos fogonazos de las armas bailaron su danza de alaridos. Blanco calzoncillo y camiseta blanca, Juan, sos un blanco demasiado blanco sobre la escarcha blanca. Y el fuego de tu arma echa breves relámpagos sobre tu blancura. Escurrite, Juan! Una vez más, escapá! No es el primer cerco cerrado que atravesás!

JUAN V.

Te lo dije, Juan Chiappa: estoy cansado. Escapar es otra vez dejar a mi gente y correr y esconderme y esperar otra vez a mis cazadores y otra vez disparar y correr y otra vez... ¿Te acordás, Juan Chiappa, de Pedrito Moroni?

CHIAPPA

No te acuerdes, Juan, de su cansancio, no te acuerdes de su soledad, no te acuerdes de la desesperación de Pedrito Moroni. Usá tus poderes, Juan Bautista Vairoleto; que los hombres de la escarcha vean desaparecer tu figura blanca como un alma llevada por los ángeles.

JUAN V.

Yo quiero acordarme de Pedrito, Juan Chiappa. No se lo llevaron ni lo mataron. No pudieron vencerlo. El dispuso cuándo y cómo terminaba su viaje. Y yo lo dispongo para mí, ahora. Nadie va a vencerme ni a apresarme. (se coloca la pistola sobre el pómulo)

EL ÑATO GAZCÓN

De pronto, se hizo el silencio. Tanto balazo y tanto grito y, de repente, un silencio que era la noche misma. Yo que me había echado al suelo y me había protegido en un cerco de tunas, lo vi. Primero ese como fantasma blanco que disparaba su arma hacia todos lados mientras el plomo caía sobre él como aguacero. Y enseguida (le digo que lo vi) él se puso el arma en la cara así, como le muestro (y se lo digo porque lo vi) y habrá disparado, seguro, porque había tanto disparo en el aire que era imposible distinguir cual era de su pistola y cual no. Y la cabeza le dio tremendo sacudón y el cuerpo rebotó contra la pared del rancho y cayó, blanco, impresionante, a la luz del amanecer que ya empezaba a ser clara. Entonces vino el silencio, cuando lo vieron caer. Pero nadie se movió mientras alguien gritaba.

COSCIA

¡Dejá de hacerte el muerto! Que nadie avance y sigan disparando!

EL ÑATO GAZCÓN

Y fue otra vez el infierno de tiros y de gritos y el infierno de aquel cuerpo muerto que saltaba empujado por los balazos. Le tenían tanto miedo! No podían convencerse de que Juan Bautista Vairoleto estuviera ya muerto y no necesitase más balas. Tuvieron que cansarse de tirar o empezaron a tener vergüenza de tanto agujero en aquel cuerpo sin vida ya. Y entonces pararon. Y se acercaron y lo miraron en el suelo, un estropicio de sangre en calzoncillos largos y camiseta de frisa. Y en ese momento los ví traer a la rastra a la Telma. La Telma! Animas benditas! Que no me vea! No quiero que me clave sus ojos acusadores. Si yo la quería para mí. Por qué tuvo que quedarse con Juan? Pero que no me mire! Por Dios Santo, que no me mire!

COSCIA

¿Lo reconocés o no? ¿Cómo a quién? A tu concubino, Juan Vairoleto. ¿Cómo que éste es Francisco Bravo? Ahora resulta que el que te hizo las hijas se llama Bravo? No será que éste es Juan Vairoleto? A mí me parece que sí. Mirá sinó los tatuajes del brazo, esos que últimamente, cuando decía ser Francisco Bravo o Juan Fernández, llevaba siempre ocultos bajo las mangas largas. Los ves? Una mina desnuda, un número trece y las iniciales: JBV. Este es Juan Vairoleto. Era, mejor dicho, ya no es. Cómo decís? Que no le dimos orden de entregarse y tiramos apenas lo vimos? No habrás escuchado bien: se lo gritamos bien fuerte pero él empezó a disparar. Tuve que matarlo.

CHIAPPA

Coscia mostraba su pistola, fanfarroneando. Pero Bustriazzo decía lo mismo y Vallée afirmaba haberlo matado él. Y todos mentían.

EL ÑATO GAZCÓN

Le digo que lo vi suicidarse. Y lo vi tan claro como lo estoy viendo a usted ahora. Los tiros de ellos le pegaron a un muerto. Él se pegó el tiro de muerte en el pómulo.

EL FUNCIONARIO

“El cadáver presenta un orificio de bala bajo el pómulo derecho, con orificio de salida por la región occipital del cráneo, herida por sí misma mortal. Pero también se individualizan otros impactos en el pecho, en el cuello, a la altura del hígado, en el omóplato derecho y en un codo. Me parece oportuno asentar que el certificado de defunción extendido por el doctor Manuel Heriberto Ariza, señala como causa de la muerte heridas de bala en el cráneo.

CHIAPPA

Aunque nadie pueda creerlo, esta vez sos vos, Juan Bautista, quien está en el ataúd; y no vas a venir disfrazado de matrona a despedirte de vos mismo. En cambio son miles los que hacen cola para darte su adiós en la Biblioteca Popular Sarmiento. Ahí estás con tu camisa blanca y con pañuelo al cuello y en una cajita puesta a tu lado, todos ponen algo para costear tu sepelio. El pueblo de Alvear es quien te entierra y quien te llora. Y siguen llegando, a pie, a caballo y en carros, y cubriendo de flores tu capilla ardiente.

COSCIA

¿Qué es lo que pasa aquí? Que este pueblo de ignorantes se vuelva loco y homenajeen al pistolero como a un prócer, no se entiende pero hay que aceptarlo. Pero la autoridad local también debe estar loca, porque permite esa manifestación política. Porque de eso se trata: una manifestación política. ¿Qué esperan para clausurar la biblioteca?

CHIAPPA

No esperaron. La policía echó a todos y clausuró el local. Juan Vairoleto quedó solo en su cajón, con sus flores y en la oscuridad, toda la noche. Pero los agentes que custodiaban las puertas no vieron a los ángeles que entraron para acompañarlo.

COSCIA

Son las siete de la mañana y ya la multitud espera que le entreguen el féretro para el entierro. Adelanten la hora, porque siguen llegando de todos lados y después ya esto no se va a poder parar.

CHIAPPA

Nada de carroza, hermanos! El féretro de Vairoleto en las manos de su gente. A pulso, hermanos, turnándonos en el camino!

COSCIA

Primero el velatorio y ahora ésto? Que cargue la policía! Qué esperan!

CHIAPPA

Cargaron. Y nos arrebataron el cajón! Como si lo hubiéramos robado. Como si los parientes y los amigos de Juan hubiesen sido sus asesinos. Y ellos sí, lo

tiraron, más que ponerlo, en una carrocita y lo fueron a enterrar. Pero cuando llegaron al cementerio, más de dos mil amigos lo estaban esperando. Y cada palada de tierra que caía sobre la caja, parecía arrancar de la gente rumores de santidad.

LOS TESTIGOS

Lo desgració de muchacho un policía que lo provocaba. Mató sólo para defenderse.

Robó para ayudar a todo el mundo.

Sólo a los que nos explotaban y nos robaban.

Nos defendió de la policía y de los estancieros

Los políticos lo usaron y cuando no les sirvió más, lo acribillaron. Querían matarlo para vengarse de él.

Se reía de ellos y los volvía locos.

Curaba el ganado.

Me curó a mi hija.

Cuando pasaba en su bayo, de mirarlo, nomás, se me iban los dolores.

Quien le hace una manda, nunca sale defraudado.

Es muy de escuchar y sigue haciendo favores.

Porque está en el Cielo, en compañía de la Virgen y de los santos. Y es milagroso. Muy milagroso.

COSCIA

Esto ya es un templo! Falta sólo un cura diciendo misa. Y hay de todo en este muro lleno de placas de agradecimiento: hay muletas y piernas ortopédicas, y brazos de muñecos y también de plata, como ex votos, y trajes de novia y armas y ruedas de automóvil y fotografías y esarpines, medallas, bastones, banderas. Y sigue y sigue la lista que recuerda aquella de las mercaderías que se llevaba en sus asaltos. Y miren a la gente llegar cada 14 de septiembre, descalzos y caminando desde lejos, o andando de rodillas desde la puerta del cementerio hasta la tumba. Y miren a ese hombre que viene a dejar en la capilla su pelo y su barba.

CHIAPPA

Y miren y vean y escuchen y oigan, de milagros y de asombros, de enfermos que se curan, de paralíticos que andan, de parientes perdidos que se reencuentran, de muchachas que obtienen el amor y de niños moribundos que vencen a la muerte.

COSCIA

¿Quién puede creer en eso? ¿Y por qué?

CHIAPPA

¿Quién puede creer? Ellos preguntan quién puede creer. Hay que haber sido iniciado en esa fe. Los que nacieron y vivieron en la miseria, son iniciados. Y los perseguidos, y los golpeados, los postergados y torturados; los que tienen hambre, los que no tienen techo, los que revuelven en la basura para comer. Los que miran desde afuera el banquete de la vida, porque no han sido invitados. Esos son los que creen. creen, porque no han perdido la esperanza.

Juan Carlos Gené

*Edición a cargo de Centro Latinoamericano de Creación e Investigación
Teatral CELCIT. Todos los derechos reservados Buenos Aires. (2021)*

*Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral CELCIT
"45 años promoviendo el teatro latinoamericano"*

Buenos Aires. Argentina.

www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio
ambiente»